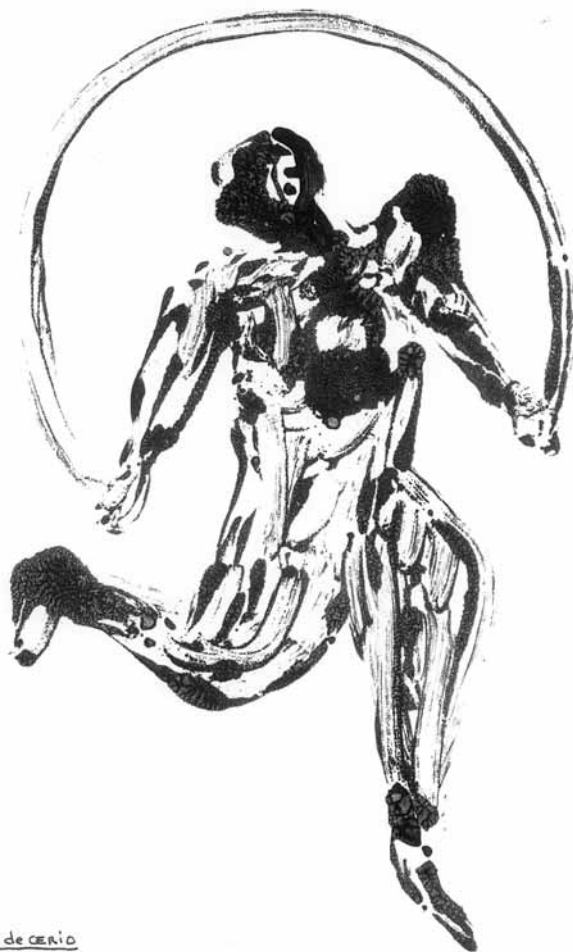


RIO ARGA

REVISTA DE POESIA



PAMPLONA

124

4º TRIMESTRE 2007

FUNDACIÓN

can 

Directora:
BLANCA GIL

Consejo de Redacción:
VÍCTOR MANUEL ARBELOA, DANIEL ALDAYA MARÍN,
JAVIER ASIÁIN, JUAN RAMÓN CORPAS,
CARLOS MATA INDURÁIN, JESÚS MAULEÓN

Edita: Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Navarra.
Avda. Carlos III, 8

Correspondencia y suscripciones: Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Navarra.
Obra social
Avda. Carlos III, 8

Envío de colaboraciones: rio.arga@terra.es

Precio del ejemplar: 1,80 €.

Suscripción anual: 5,20 €.

Depósito Legal: Na: 1573-1976

Imprime: GARRASI, Avda. Barañain, 52 - Pamplona.

RIO ARGA

REVISTA DE POESIA

www.rioarga.com

rio.arga@terra.es

COLABORAN:

M^ª Luz Arlabán, Isabel Blanco, Jorge De Arco, Nicolás del Hierro, Valentín Echarren, Fernando Esparza, Fátima Frutos, Manuel Jurado, Carlos Mata, Jean Moreau, José M^ª Muñoz, Iñigo Porres, Alfredo Rodríguez .

ILUSTRA:

Portada e interior:
Alfredo Díaz de Cerio

CARLOS MATA INDURÁIN

«COMO LA UÑA DE LA CARNE»: DOLOR Y TERNURA EN EL CANTAR DE MIO CID

A lo largo de este año hemos estado celebrando el VIII Centenario del *Cantar de mio Cid* o, para ser más precisos, de la fecha en que su texto fuera copiado por Per Abbat. El manuscrito en que se nos ha conservado el *Cantar*, custodiado en la actualidad en la Biblioteca Nacional de España (Madrid), es una copia del siglo XIV que, además del original que estaba copiando, reproduce su *explicit* final: «Quien escriuió este libro / dél' Dios paraíso, jamén! / Per Abbat le escriuió enel mes de mayo, / En era de mill e CC.XL.V años». En la lengua medieval, *escribir* significaba 'copiar', y ese año 1245 de la era hispánica (que sitúa su comienzo en el 38 a C.) corresponde al 1207 de la era cristiana. En definitiva, Per Abbat copió el texto del *Cantar* en 1207, y tal es la efemérides que durante este 2007 conmemoramos. No estará, pues, de más dedicar, desde *Río Arga*, unas páginas al recuerdo de esta joya de la épica medieval castellana y de su héroe, Rodrigo Díaz de Vivar, más conocido como el Cid Campeador.

Puede afirmarse que el Cid es, junto con don Quijote, don Juan o Celestina, uno de los grandes mitos literarios aportados por España al imaginario colectivo universal. Desde el *Cantar* (e incluso desde antes) hasta nuestros días, el Cid ha sido protagonista de crónicas, poemas, romances, obras dramáticas, novelas históricas, etc. Su figura histórico-legendaria ha sido evocada, en el ámbito de la literatura (de las artes, en general), con amplia variedad de estilos e intencionalidades, desde la épica y el Romancero a la novela histórica actual, pasando por el teatro del Siglo de Oro o los poetas de la Generación del 27. Ahora no pretendo un acercamiento general al *Cantar*, ni ofrecer un panorama de la vigencia de su héroe protagonista. Me limitaré tan sólo a presentar unas breves notas sobre un aspecto muy parcial de la obra: el dolor y la ternura que reflejan algunos de sus pasajes, y que constituyen una prueba de la extraordinaria finura poética de su anónimo autor. Y es que el *Cantar* puede ser un texto primitivo por su cronología, pero en modo algu-

no lo es por la sensibilidad artístico-literaria de quien, en los albores de nuestra literatura, lo compuso.

Comenzaré recordando, entonces, que el poema se abre precisamente con el dolor medido del héroe que llora *de los sos ojos* (es decir, delicadamente, no con gestos exagerados o aspavientos) al volver atrás su mirada y advertir la devastación de su casa, que queda abandonada (puertas abiertas, postigos sin candados, vacías las perchas donde antes había mantos, pieles y aves de cetrería...). En el desarrollo del *Cantar*, el protagonista va a pasar de esa situación inicial de *no honra* a una posición de *honra máxima*, al final, cuando, merced al nuevo matrimonio de sus hijas, entronque con las casas reales de Navarra y Aragón. Al comienzo del *Cantar*, en el momento de salir al destierro, Rodrigo consuela a Álvaro Fáñez con estas palabras:

¡Albricia, Álvaro Fáñez, ca echados somos de tierra!
Mas a grand honra tornaremos a Castiella (vv. 13-14).

Y el poema acaba con estos otros versos que corroboran que ha salido cierto aquel vaticinio del protagonista:

¡Veed cuál ondra creçe al que en buen hora naçió,
quando señoras son sues fijas de Navarra e de Aragón!
Oy los reyes d'España sos parientes son,
a todos alcança ondra por el que en buena ora naçió (vv. 3722-3725).

El Cid no sólo vuelve a tener honra, sino que dispensa honra a todos los que le rodean. En realidad, todo el *Cantar* se va a estructurar en torno a un doble proceso de pérdida y recuperación de la honra: primero Rodrigo pierde la honra en el ámbito público (por el injusto destierro ordenado por su rey: los dos destierros históricos quedan condensados poéticamente en uno solo en el *Cantar*); y, luego, conoce la pérdida de la honra en el ámbito privado (por la afrenta hecha a sus hijas por los viles infantes de Carrión en el robledo de Corpes). Ese doble proceso de *caída-recuperación, nueva caída-nueva recuperación* de la honra estructura todo el *Cantar*, como magníficamente estudiara Pedro Salinas.

En medio del dolor de la partida de Rodrigo y su mesnada, la ternura se hace presente, en forma de compasión mutua, en el célebre episodio de la «niña de nuef años» (citaré por *Cantar de mio Cid*, texto antiguo de Ramón Menéndez Pidal, prosificación moderna de Alfonso Reyes, prólogo de Martín de Riquer, edición y guía de lectura de Juan Carlos Conde, Madrid, Espasa Calpe, 2006):

El Campeador adeliñó a su posada
así como llegó a la puorta, fallóla bien çerrada,
por miedo del rey Alfons, que assí lo pararan:
que si no la quebrantás, que non gela abriessen por nada.



A. DIÁZ DE CARIO

Los de mio Cid a altas voces llaman,
 los de dentro non les querién tornar palabra.
 Aguijó mio Çid, a la puerta se llegaua,
 sacó el pie del estribera, una feridal' dava;
 non se abre la puerta, ca bien era çerrada.
 Una niña de nuef años a ojo se parava:
 «¡Ya Campeador, en buena çinxiestes espada!
 El rey lo ha vedado, anoch dél entró su carta,
 con grant recabdo e fuertemiente seellada.
 Non vos osariemos abrir nin coger por nada;
 si non, perderiemos los averes e las casas,
 e aun demás los ojos de las caras.
 Çid, en el nuestro mal vos non ganades nada;
 mas el Criador vos vala con todas sus virtudes santas.»
 Esto la niña dixo e tornós' pora su casa.
 Ya lo vede el Çid que del rey non avié graçia.
 Partios' dela puerta, por Burgos aguijaba,
 llegó a Santa María, luego descavalga;
 fincó los inojos, de coraçón rogava (vv. 31-53).

La versión prosificada de Alfonso Reyes dice así:

El Campeador se dirigió a su posada; llegó a la puerta, pero se encontró con que la habían cerrado en acatamiento al rey Alfonso, y habían dispuesto primero dejarla romper que abrirla. La gente del Cid comenzó a llamar a voces; y los de adentro, que no querían responder. El Cid aguijó su caballo y, sacando el pie del estribo, golpeó la puerta; pero la puerta, bien remachada, no cedía.

A esto se acerca una niña de unos nueve años:

—¡Oh, Campeador, que en buena hora ceñiste espada! Sábetete que el rey lo ha vedado, y que anoche llegó su orden con prevenciones muy severas y autorizadas por sello real. Por nada en el mundo osaremos abriros nuestras puertas ni daros acogida, porque perderíamos nuestros bienes y casa, amén de los ojos de la cara. ¡Oh, Cid: nada ganarías en nuestro mal! Sigue, pues, tu camino, y válgate el Creador con todos sus santos.

Así dijo la niña, y se entró en su casa. Comprende el Cid que no puede esperar gracia del rey y, alejándose de la puerta, cabalga por Burgos hasta la iglesia de Santa María, donde se apea del caballo y, de hinojos, comienza a orar.

Es este un pasaje en que el primitivo autor supo condensar a la perfección el dolor de la partida en los desterrados y el dolor también de los burgaleses, que no pueden ayudarles, so pena de recibir graves castigos. El contraste magnífico entre el aspecto aguerrido de los recios hombres de armas castellanos y el carácter delicado y desvalido de la niña, lo supo evocar magistralmente Manuel Machado en su poema

«Castilla», de *Alma* (1900). Los versos son de sobra conocidos, pero merece la pena copiarlos aquí de nuevo:

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro— el Cid cabalga.

Cerrado está el mesón a piedra y lodo.
Nadie responde... Al pomo de la espada
y al cuento de las picas el postigo
va a ceder... ¡Quema el sol, el aire abrasa!

A los terribles golpes
de eco ronco, una voz pura, de plata
y de cristal, responde... Hay una niña
muy débil y muy blanca
en el umbral. Es toda
ojos azules, y en los ojos lágrimas.
Oro pálido nimba
su carita curiosa y asustada.

—Buen Cid, pasad... El rey nos dará muerte,
arruinará la casa
y sembrará de sal el pobre campo
que mi padre trabaja...
Idos. El cielo os colme de venturas...
¡En nuestro mal, oh Cid, no ganáis nada!

Calla la niña y llora sin gemido...
Un sollozo infantil cruza la escuadra
de feroces guerreros,
y una voz inflexible grita: «¡En marcha!»

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro— el Cid cabalga.

Menos conocida es, quizá, la recreación que del mismo episodio hace María Teresa León en una breve biografía novelada de Rodrigo Díaz de Vivar (*El Cid Campeador*, aclaración y vocabulario de María Teresa León, 5.^a ed., Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1978):

La ciudad de Burgos los recibe con todas las ventanas ciegas. No hay un alma por las calles de hielo. Parecen las casas más chicas, más pobres con sus puertas vencidas de miseria y sus techos de paja. A to-

das ellas ha llamado el miedo para que no se abra ninguna. Y ninguna se abre porque el pregón del rey ha sido leído cada cuatro esquinas y parece que aún tiembla en el aire:

«Prohibimos...»

El Cid y sus caballeros cruzan la ciudad. Pero se han detenido ante una puerta. Rodrigo golpea con la empuñadura de su espada. Ante el asombro de todos, se abre dando paso a una niña. Es de tan poca estatura que al acercarse al estribo del Campeador ninguno puede calcular qué edad tiene. Su cara menuda levanta hacia el Cid unos ojos oscuros, y su voz, algo temblona, comienza.

—Buen Cid, pasad de largo. No nos atrevemos a daros asilo. El rey ha pregonado que perderemos vidas y haciendas si tal hiciésemos. Marchad, buen Cid; en nuestro mal no ganáis nada.

Se le queda el Cid mirándola tan frágil, tan pequeña, tan valiente. Lleva sobre su cuerpecillo una saya desteñida; por la espalda le cae el pelo suelto; a la cintura, una escarcelilla con un trozo de pan. Sus caballeros y soldados tienen hambre. El viento sopla; viento norte helado. El Cid mira a la niña, a las casas de Burgos y, levantando su mano oculta en el guantelete de hierro, ordena:

—¡En marcha!

La niña los mira pasar desde su infancia valiente y a su vez levanta la mano para despedirlos.

El tropel de guerreros y caballos se dirige al arrenal de Arlanzón (pp. 43-44).

Tal es la recreación que se hace en el capítulo VIII, pero lo que resulta más interesante, en mi opinión, es que, en el capítulo final, el XXI, titulado «Muere el Cid Campeador», el moribundo Rodrigo, en diálogo con su esposa Jimena, se acuerda emotivamente de aquella «niña de nuef años» de Burgos:

—¿Ves, Jimena, cuántas riquezas conquistó mi brazo? Pues me gusta recrearme en el recuerdo de los tiempos aquellos cuando te dejé pobre en Cardeña. Hoy todos tienen miedo ante mí. Éramos entonces infanzones sin fortuna. Yo me iba desterrado. Estaban cerradas las puertas y ventanas de Burgos. Sólo una niña se atrevió a rogarme que no les hiciese mal... ¿Qué pensará ahora de mí aquella niña? No sólo no hice mal sino que por mí tuvieron bien todos los reinos cristianos (pp. 119-20).

Volviendo al *Cantar*, otro episodio que igualmente rezuma ternura, y a la vez hondo dolor, es el de la separación de Rodrigo de su esposa y de sus hijas, a las que deja en el monasterio de San Pedro de Cardeña cuando se dispone a partir a la frontera a pelear con los moros. Sabemos que la despedida del guerrero y su esposa es un *topos* de la épi-

ca (baste recordar la despedida de Héctor y Andrómaca en *La Ilíada*), pero aquí ese momento está transido de una especial delicadeza poética, que humaniza notablemente al héroe:

Afevos doña Ximena con sus fijas dó va llegando;
señas dueñas las traen e adúzenlas en los braços.
Ant'el Campeador doña Ximena fincó los inojos amos,
llorava de los ojos, quísol besar las manos:
«¡Merced, Campeador, en ora buena fostes nado!
Por malos mestureros de tierra sodes echado.
¡Merced, ya Çid, barba tan complida!
Fem' ante vós yo e vuestras ffigas,
iffantes son e de días chicas,
con aquestas mis dueñas de quien so yo servida.
Yo lo veo que estades vós en ida
e nós de vos partir nos hemos en vida.
¡Dandnos consejo por amor de santa María!»
Enclinó las manos la barba vellida,
a las sues fijas en braço' las prendía,
llególas al coraçón, ca mucho las quería.
Llora de los ojos, tan fuerte mientras sospira:
«¡Ya doña Ximena, la mi mugier complida,
comme a la mie alma yo tanto vos quería!
Ya lo veedes que partir nos emos en vida,
yo iré y vós fincaredes remanida.
¡Plega a Dios e a santa María,
que aun con mis manos case estas mis fijas,
o que dé ventura y algunos días vida,
e vós, mugier ondrada, de mí seades servida!» (vv. 262-284).

Y poco más adelante, cuando ya es inminente la partida, el dolor de la separación —expresa bellamente el poeta— es como el que se produce cuando se separa la uña de la carne:

La oraçión fecha, la missa acabada la an,
salieron de la iglesia, ya quieren cavalgar.
El Çid a doña Ximena ívala abraçar;
doña Ximena al Çid la manol' va besar,
llorando de los ojos, que non sabe qué se far.
E él a las niñas tornólas a catar:
«A Dios vos acomiendo e al Padre spirital;
agora nos partimos, ¡Dios sabe el ajuntar!»
Llorando de los ojos, que non vidiestes atal,
assís' parten unos d'otros comme la uña de la carne (vv. 366-375).

Rodrigo parte rumbo a la incertidumbre de la guerra, sin tener seguridad del regreso, sin saber si volverá a encontrarse con su familia en este mundo. No es de extrañar la cordial identificación que con el personaje del Cid sintieron muchos de los poetas del 27 y otros exiliados

republicanos tras la Guerra Civil: igual que Rodrigo, ellos hubieron de marcharse para *ganar el pan* lejos de una patria a la que amaban profundamente y a la que no sabían si alguna vez podrían regresar...

Termino ya. En el *Cantar*, como es lógico, ocupa un lugar destacado la descripción de hechos de armas (batalla de Alcocer, conquista de Valencia...), pues Rodrigo es un señor de la guerra, y aparece lógicamente caracterizado como valiente guerrero y buen estratega; pero, como he tratado de mostrar con un par de ejemplos ilustrativos, también hay lugar para abordar la dimensión humana del personaje, un hombre maduro y cabal, un héroe mesurado, incluso en los momentos de mayor dolor. Y es que don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, queda retratado como un héroe perfecto: es el perfecto vasallo y hombre de armas, pero también el perfecto esposo y padre. En el proceso de mitificación del héroe castellano, el primitivo autor no deja de lado esos otros aspectos correspondientes al ámbito de su vida familiar. De esta forma, con la inclusión de algunas escenas particularmente emotivas, poesía y ternura, sensibilidad literaria y sensibilidad humana, se dan la mano en el *Can - tar*.